

no había sido deliberada, producto de mi famosa libertad, sino fatal, y que yo estaba destinado a ir en pos de mi muerte, o de algo peor que mi muerte... ¿Qué sabía, en efecto, sobre lo que me esperaba? ¿no sería la pesadilla que acababa de sufrir una premonición? ¿No me arrancarían los ojos? ¿No serían los grandes pájaros símbolos de la feroz y efectiva operación que me aguardaba? (Recuerde el lector el desenlace de *Abaddón* y verá el íntimo nexo con este pasaje.) Y, finalmente, ¿no había recordado en la pesadilla aquellas extracciones de ojos que en mi infancia yo había perpetrado sobre gatos y pájaros? ¿No estaría yo condenado desde mi misma infancia?»

Ficción aparte, creo que rara vez un autoanálisis puede llegar tan lejos. La mente analítica del autor nos conduce hasta honduras sorprendentes. Esta similitud con el destino trágico del *Edipo* de Sófocles no es casual. El personaje ha dicho en otra parte que ha leído la tragedia. Tampoco es casual, ya lo veremos, la relación que en él personaje se establece entre los ciegos y el sexo. Volveremos sobre esto más adelante. Por ahora fijemos la atención en lo que hay en todo esto de regresiones. El autor nos obliga a insistir en el terreno psicoanalítico. Sus propias declaraciones nos van guiando. Es claro al respecto lo que había apuntado en el párrafo casi al comienzo de *El informe*, cuando dice: «Si fuera un poco más recio podría acaso jactarme de haber confirmado con esas investigaciones la hipótesis que desde muchacho imaginé sobre el mundo de los ciegos, ya que fueron las pesadillas y alucinaciones de mi infancia las que me trajeron la primera revelación.»

El autor nos sigue conduciendo por cavernas, túneles, tinieblas y cloacas hasta llegar a esa región donde el sueño y la vigilia se confunden. Sábato se ve envuelto en esa confusión de mundos y de realidades paradójicas, hasta que nos encontramos con dos párrafos que nos señalan otros dos hitos importantes. En uno dice: «Hasta ese momento o, mejor dicho, hasta el momento que precedió al sueño de la infancia, yo había estado viviendo en el vértigo de mi investigación y sentía como si hubiera sido arrastrado en medio de una loca inconsciencia; y los temores y hasta el espanto sentidos ese instante no habían sido capaces de dominarme: mi conciencia y hasta mi subconsciencia, todo mi ser, parecían lanzados en una demencial carrera hacia el abismo que nada podía detener.»

Sólo en ese momento, sentado sobre el barro, en el centro de la cavidad subterránea cuyos límites ni siquiera podía sospechar, sumergido en la tiniebla empecé a tener clara conciencia de mi absoluta y cruel soledad.» Recordemos de paso que éste es el tema de *El túnel*, cuya trama es de índole psicológica, recalando en la neurosis del

protagonista, al que presenta en el primer párrafo de la novela en forma un tanto irónica y mordaz. Castel es arrogante, mórbido, y se coloca siempre en la otra orilla de lo aceptado, como defensor de los antivalores, tal, por ejemplo, cuando sostiene que los criminales son más honestos que los otros seres humanos. Al final de la novela, el personaje queda sumido en su propio, total aislamiento, desde el cual no es posible ningún tipo de comunicación. En definitiva, su celda más hermética es su yo, su personalidad aberrante y enferma que rechaza toda salida. He aquí el sentido del título. El túnel no debe confundirse con un laberinto. El túnel va directo a una salida o hacia su propio fin dentro de sí mismo. Por ello tiene un sentido trágico. Al laberinto puede resolverse; al túnel, no.

De algún modo, esta presencia de un sentido trágico se reitera cuando al final de *El informe* exclama: «La astucia, el deseo de vivir, la desesperación, me han hecho imaginar mil fugas, mil formas de escapar a la fatalidad. Pero ¿cómo nadie puede escapar a su propia fatalidad?»

Así, encerrado en el sinuoso perfil de la interrogación, nos deja el autor su enigma al concluir *El informe*. Pero el posterior desenlace del personaje Fernando y su hija Alejandra, que terminan al borde del incesto con un asesinato y un suicidio, condujeron las interpretaciones de este *Informe sobre ciegos* a las márgenes explicativas del Edipo freudiano. El rumbo estuvo bien tomado; sin embargo, la interpretación quedó a mitad del camino. Faltaban datos. La insinuación de la clave era todavía demasiado oscura. Apenas si el autor había llegado en *Sobre héroes y tumbas* al umbral de esa verdad que únicamente puede ser revelada por los poetas, porque llegan a ella con la actitud del testigo y no del investigador, condición ésta que aún persistía en el autor, impidiéndole, en consecuencia, el asumir otras formas de mirar la realidad profunda sin los moldes de la realidad prefigurada en nuestro entendimiento por la razón y el intelecto. Todavía quedaban en el horizonte de Sábato, aunque lejanas, las siluetas de las altas y seguras torres de la ciencia, que durante algún tiempo habían sido para él un refugio existencial más que una instancia firme de vocación. Lo obsesivo de *El informe* persistió entonces y el símbolo quedó sin descifrar. La clave estaba allí, pero en su enigmática presencia. Apenas si había logrado esbozar su diseño. Y Sábato mismo se da cuenta de ello cuando dice en una parte de *El informe*, como una advertencia para sí mismo y para el lector, lo siguiente: «¡Cuántas estupideces cometemos con aire de riguroso razonamiento! Claro, razonamos bien; razonamos magníficamente sobre las premisas A, B y C. Sólo que no habíamos tomado en cuenta la

premisa D, y la E, y la F. Y todo el abecedario latino más el ruso. Mecanismos en virtud del cual esos astutos inquisidores del psicoanálisis se quedan muy tranquilos después de haber sacado conclusiones correctísimas de bases esqueléticas.»

Y bien, *Abaddón* nos trae a cuenta esas otras premisas, o al menos nos aclara más algunas de ellas. Veamos hasta dónde podemos avanzar juntos con el autor. Por lo pronto, la elección del título, el Ángel del Abismo, Jinete del Apocalipsis, nos retrotrae, por lo que acabamos de ver en las citas anteriores y por lo que apuntamos al comienzo, al texto de *El informe sobre ciegos*. Por ello nos hemos demorado un tanto en él. Ahora seguiremos el rastro de R., en nuestra novela, y el lector podrá ir estableciendo las conexiones. Esto es ya, por otra parte, una exigencia del estilo de Sábato, que se fue acentuando progresivamente desde *El túnel* hasta *Abaddón*: nos entrega sus novelas solamente hilvanadas; el lector es quien debe realizar el acabado, la costura final. En esto la literatura de Sábato se diferencia fundamentalmente de la de Sartre. Ambos confiesan el usar la literatura como un modo propicio para ensayar en sus personajes sus propias búsquedas metafísicas. Pero mientras Sartre recalca más en el ámbito de la lógica racional, Sábato lo hace en el difícil terreno de la lógica poética, ese otro orden del mundo al que sólo puede penetrarse, como Fausto, al precio de su alma. El teatro de Sartre intenta también dilucidar cuestiones filosóficas, y ambos autores utilizan el método fenomenológico, pero mientras Sábato es más consecuente con la realidad que describe, Sartre lo es más con el plano eidético de dicho método, aunque lo utilice con grandes inconsecuencias con respecto a Husserl y a Hegel, de quienes se nutre. Las novelas de Sábato, en cambio, describen la realidad en su impureza, sin *epojé*, sin puestas entre paréntesis, transformando el método fenomenológico en una analítica existencial, para bucear en ella por el rostro profundo de su verdad huída. No obstante, como ya hemos señalado, ambos escritores tienen puntos en común, y en uno de esos puntos, como veremos al final, nos vamos a encontrar con la hipótesis posible para descifrar la clave y el símbolo que nos ocupa.

En la página 308, luego del violento encuentro con R., éste le nombra a Soledad. Sábato la presenta como un personaje y acude a la técnica del recuerdo, pero yo pienso que no es más que un símbolo, profundamente conectado con R. (el verdadero «id» de Sábato), y que por lo mismo resulta en él una condición existencial, como ya vimos en la anteúltima cita de *El informe*. Con respecto a Soledad, Sábato dice: «aún no sé si aquellos episodios fueran reales o soñados», y con respecto a R. dice: «Pensé que el encuentro no se repetiría. Igno-